

**La Plaza Artesanos en Santiago de Chile durante la década de 1950:  
Un espacio público plebeyo a través del lente  
de la historia cultural urbana**

**The Plaza Artesanos in Santiago, Chile, during the 1950s:  
A plebeian public space through the lens  
of urban cultural history**

Prudent, Elisabet

Universidad de Concepción

eprudant@udec.cl

 <https://orcid.org/0000-0002-2226-8978>

Gómez-Arias, Catalina

Universidad de Santiago de Chile

catalina.gomez.a@usach.cl

 <https://orcid.org/0009-0006-0139-615X>

**Resumen**

Este artículo analiza, desde la perspectiva de la historia cultural urbana, la relevancia de la Plaza Artesanos como un espacio público plebeyo en la década de 1950, especialmente durante el segundo mandato de Carlos Ibáñez del Campo (1953-1958). El estudio de las manifestaciones sociales que la plaza albergó durante estos años permite explorar una forma de vida histórica inherente a la ciudad de masas, así como prácticas relacionadas con el habitar colectivo. Se propone un análisis que integre los componentes del imaginario urbano que facilitó la apropiación de la plaza, los hitos que la contextualizan dentro de

la ciudad y la relación de estos aspectos con las demandas sociales y políticas articuladas desde las tribunas instaladas en su interior. Para ello, se utiliza información de diversas fuentes, como documentos de prensa, crónicas literarias y fotografías, las cuales se diferencian de los materiales tradicionales que componen el acervo de la historia urbanística, en tanto contribuyen a reconstruir la cultura urbana. Como conclusión, se argumenta que la Plaza Artesanos fue un nodo significativo en la trama del espacio público de Santiago a mediados del siglo XX. Las huellas dejadas por su uso evidencian la importancia que se le atribuyó como un centro ubicado en «la otra orilla» de la ciudad: un lugar de memoria colectiva donde la masa urbana plebeya escenificó su fuerza como actor social y político.

**Palabras clave:** Plaza Artesanos, espacio público, manifestaciones sociales, memoria colectiva, imaginarios urbanos.

### **Abstract**

This article examines, from the perspective of urban cultural history, the relevance of Plaza Artesanos as a plebeian public space in the 1950s, especially during the second term of Carlos Ibáñez del Campo (1953-1958). The study of the social manifestations that the plaza hosted during these years allows for an exploration of a historical way of life inherent to the mass city, as well as practices related to collective living. An analysis is proposed that integrates the elements of the urban imaginary that facilitated the appropriation of the plaza, the milestones that contextualize it within the city, and the relationship of these aspects with the social and political demands articulated from the platforms installed within it. To achieve this, information from diverse sources is utilized, including press documents, literary chronicles, and photographs, which differ from traditional materials that make up the heritage of urban history, as they contribute to reconstructing urban culture. In conclusion, it is argued that Plaza Artesanos was a significant node in the fabric of Santiago's public space in the mid-20th century. The traces left by its usage

illustrate the importance attributed to it as a center located on «the other shore» of the city: a place of collective memory where the plebeian urban mass staged its strength as a social and political actor.

**Keywords:** Artisans' Plaza, public space, social manifestations, collective memory, urban imaginaries

**Recibido:** 3 de septiembre de 2024 - **Aceptado:** 22 de noviembre de 2024

## 1. Introducción

La Plaza Artesanos emerge como una figura casi espectral en el análisis histórico. Aunque aparece en numerosos relatos sobre las grandes convocatorias que visibilizaban en la esfera pública problemáticas sociales y políticas comunes al mundo plebeyo durante el siglo XX, su presencia se desvanece en el archivo de la forma urbana. Esta ausencia resalta su naturaleza orgánica como un espacio de convivencia y conflicto en la ciudad, cuya existencia no se define por la planificación urbanística, sino por su profundo contenido simbólico. Así, su relevancia no se alinea con la noción de área verde que predominó como estrategia para racionalizar las riberas del Mapocho desde

finis del siglo XIX (Castillo, 2018:22). De hecho, no era un espacio verde, sino apenas un terreno amplio que, aunque en apariencia baldío, devino en «espacio representacional» (Gravano, 2016) al dejar huellas mediadas por la protesta social en la memoria colectiva de los habitantes de Santiago. Esto la sitúa como parte integral de un relato sobre la vida en la polis y reafirma, en palabras de Halbwachs (1990), la estrecha relación entre la memoria colectiva de un grupo social y las evocaciones del entorno espacial que la contiene.

La Plaza Artesanos fue un espacio público plebeyo que se convirtió en centro neurálgico para convocatorias de carácter reivindicativo durante el segundo mandato de Carlos Ibáñez

del Campo (1953-1958). Esto ocurrió en un contexto en el que las masas urbanas, tras haber sido fundamentales para impulsar el proyecto populista del exgeneral, acabaron siendo desplazadas del espacio público estatal en un ambiente marcado por la crisis inflacionaria y las restricciones que imponía en el plano de las garantías constitucionales, la vigencia de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. El foco de la reflexión propuesta está en la articulación entre la potencia simbólica de la plaza, sus elementos físicos distintivos y los principales tópicos detrás de las concentraciones multitudinarias que albergó. En este sentido, vale la pena señalar que el objetivo no es reconstruir minuciosamente los episodios de la historia social que encontraron en la plaza un espacio de publicidad, sino proponer una lectura en la que confluyan los elementos del imaginario urbano que permitió la apropiación de este lugar, las piezas e hitos que lo enmarcan en la trama urbana y la relación de dichos aspectos con las demandas sociales y políticas que se levantaron desde las tribunas instaladas allí. Esto con el objetivo de avanzar en un camino que permita incluir, en palabras de Gerardo

Martínez, «la perspectiva histórica en el entendimiento de la ciudad», y «derribar los muros» que habitualmente se construyen entre la historia social y la historia urbana (2020:6). La puerta de entrada para ello es el estudio de la historicidad ignorada de una plaza a partir de la categoría de «espacio público», que no refiere únicamente al «espacio abierto» de la ciudad, sino que nombra lugares y reconstruye formas, consignando diversas esferas de la acción humana. Se trata de una categoría que, según ha propuesto Adrián Gorelik, permite el entendimiento de la «dimensión propiamente política de la vida social»; de una «colisión fugaz e inestable entre forma y política», que evidencia fracturas entre la «sociedad, el espacio y el tiempo» (2016:19-20).

Desde la perspectiva de la historia cultural urbana centrada en el estudio de la ciudad y los procesos de urbanización, el reconocimiento a los sectores subalternos y el uso de enfoques interdisciplinarios derivados del giro cultural (Almandoz, 2008; Ibarra, 2019), el presente artículo indaga en una práctica inherente a la «forma de vida histórica» promovida por la ciudad de masas (Romero, 2008; Mejía, 2013,

Martínez, 2021). A través del examen de huellas discursivas e iconográficas asociadas a una plaza pericentral de la capital chilena, se analiza la práctica histórica de reunirse habitualmente, en compañía de familiares, amigos, vecinos y desconocidos, durante actos de protesta. La participación masiva en mitines y eventos conmemorativos que intentaron expandir los márgenes de la ciudadanía, incluso en un contexto en el que el Estado limitó el uso del espacio público, ejemplifica una posibilidad específica de la vida urbana, resaltando el sistema social, político y cultural en el que se insertaba esta forma histórica de habitar la ciudad (Ewen, 2026).

Situarnos desde la vereda de la historia cultural urbana para el estudio de la Plaza Artesanos, implica reconocer la influencia de autores y obras fundamentales de un campo latinoamericano aún en proceso de consolidación, como lo señala Gerardo Martínez (2021). En coherencia con el tema del dossier, es importante identificar las influencias que han guiado el análisis histórico propuesto. Entre estas, destaca el libro de José Luis Romero *Latinoamérica las ciudades y las ideas*.

Su foco en el estudio la ciudad como «vida histórica» y entramado cultural (Martínez, 2021), proporciona un soporte fundamental a este trabajo. Las contribuciones de Arturo Almandoz sobre la relación entre la ciudad física y sus formas culturales en el escenario de metropolización y masificación urbana (2013), y el énfasis de Germán Mejía en el papel político de la ciudad (Martínez, 2021), «punto de enraizamiento del poder» (Mejía, 1999:32; 2013), son también imprescindibles. Además, los aportes de Adrián Gorelik respecto al estudio de la cultura urbana, la imaginación urbana y el espacio público (2002, 2016), y de Armando de Ramón en la comprensión de la sociedad urbana de Santiago de Chile (2000) son también valiosos en la medida que permiten disponer de una base sólida para pensar en nuevas formas de abordar la problemática urbana. Junto a estos autores se deben incluir las contribuciones de historiadoras, arquitectas y sociólogas que estudian la ciudad en una clave histórica, como Florencia Quesada con su análisis de la producción del espacio a partir del estudio de las prácticas sociales y la interrelación entre lo material y lo simbólico en las representaciones del poder (2011, 2024);

Anahí Bellant en la interrelación ente discurso político, formas materiales y representaciones que encuentran en el espacio urbano su arena de articulación (2005); Alicia Lindón con sus valiosas aportaciones sobre la construcción social de la ciudad y la apropiación de imaginarios urbanos (2007, 2020); y Macarena Ibarra en su análisis de las dimensiones materiales e inmateriales del patrimonio urbano, así como su actualización en el debate sobre los usos de la memoria (2012).

## 2. Palimpsesto de una plaza

La Plaza Artesanos estaba estratégicamente localizada entre el río Mapocho, la calle Artesanos, la Avenida La Paz y el antiguo Mercado Tirso de Molina, frente al Teatro Balmaceda y la Pérgola de las Flores Santa María, a pocos metros de la Vega Central. Su emplazamiento al centro de una red de avenidas con un intenso tráfico de transporte público facilitó significativamente el acceso y la movilidad hacia y desde ella. Accesibilidad a la que contribuía el puente metálico construido frente a la Avenida La Paz, el que proporcionaba un paso peatonal conveniente al

lado sur de la ciudad. Aunque esta ubicación no se detalla explícitamente en ningún plano de Santiago, puede confirmarse mediante información proporcionada por la prensa, crónicas literarias y fotografías. Las imágenes resultan fundamentales ya que capturan elementos distintivos del paisaje urbano de los alrededores y de la propia plaza. Lejos de ser simples ilustraciones permiten situarla en un punto específico a partir del reconocimiento de los elementos que componían su entorno, develando con ello la ciudad invisible al registro cartográfico. Entre los elementos que facilitan la localización de la plaza, se destacan los obeliscos en el extremo sur, que marcaban el lugar donde se encontraba el Puente Cal y Canto, y los tajamares, destruidos durante la canalización del río, finalizada a mediados de 1892 (Castillo, 2018: 117). Esto se puede apreciar en la imagen 1, una fotografía del periodista Josep Alsina (c.1950-1960), en la que se observa en primer plano el puente sobre el río Mapocho y la Avenida La Paz, junto con los obeliscos, algunos vehículos y un pequeño puesto ambulante de flores. En segundo plano, se distingue la plaza como un espacio abierto junto a la pérgola, flanqueada por el

Teatro Balmaceda y un edificio adornado con publicidad lumínica, que alumbraba la vida nocturna bohemia del barrio La Vega.

Cabe señalar que mientras la mayoría de las fuentes consultadas localizan las manifestaciones populares de la década de 1950 en la denominada Plaza Artesanos, en algunas ocasiones se refieren al punto de reunión de varias de esas mismas concentraciones, como Plaza Tirso de Molina. Al respecto es necesario precisar que la Plaza Artesanos se encontraba al oeste del mercado, mientras que la Plaza Tirso de Molina, reconocida en la cartografía urbana, se halla hasta el día de hoy en el lado este, colindando con la Avenida Recoleta, tal como muestra la imagen 2.<sup>1</sup> La superposición de nombres que se ha prestado para confusiones al momento de situar espacialmente la plaza, lejos de ser una cuestión circunstancial, da cuenta de la tensión implícita en la toponimia urbana que conmemora y excluye como parte de las disputas por la memoria, evidenciando la confrontación entre las identidades socioespaciales que cruzan la historia de la ciudad. En el caso que nos ocupa, la figura colonial de Tirso de Molina, fray y dramaturgo español,

comediógrafo exponente del teatro del Siglo de Oro, es deliberadamente escogida para desplazar el nombre que laureaba a un grupo social popular y republicano, fundamental en la historia de las reivindicaciones sociales y políticas del siglo XIX (Illanes, 2003; Salazar, 2003). Este cambio de nombre, como una marca material del pasado que sigue presente, personifica las tensiones intrínsecas que envuelven a la ciudad, la cual actúa como «sede material de la memoria colectiva», tal como lo plantea Adrián Gorelik (2011).

El topónimo «artesanos» unía calle y plaza, otorgándole simbolismo al espacio habitado por trabajadores urbanos con sus comercios, viviendas y centros de sociabilidad. Antes de la llegada de los artesanos, la plaza había sido testigo de la presencia de indígenas, mestizos, vagabundos e inmigrantes pobres. En el siglo XX, se sumaron dueñas de casa, estudiantes y obreros sindicalizados, quienes participaban en las convocatorias de la Central Única de Trabajadores (CUT) y sus organizaciones precursoras, con el objetivo de unificar a los actores del mundo del trabajo bajo un enfoque reivindicativo, autónomo frente a los partidos

políticos y el Estado. A partir de la década de 1930, este amplio rango de experiencias se amalgamó en la imagen de la masa urbana y su cultura de ocupación del espacio público, impulsada por los procesos de metropolización (Romero, 2008). Se trató de un conjunto heterogéneo que fue sintetizado por los discursos políticos de inclinación populista en la figura del pueblo, convocado a través de políticas de conciliación y elevado como un pilar esencial en el proyecto nacional-popular (Valdivia y Pinto, 2003).

La Plaza Artesanos se estableció como un espacio público situado en los bordes de la Chimba, una región eminentemente plebeya que aún hoy sigue siendo un «territorio de frontera» donde se congregan los cuerpos de la distopía urbana (Márquez y Truffello, 2013; Álvarez, 2011). El término plebeyo adquiere aquí una dimensión multifacética, englobando un amplio espectro social que abarca tanto a sectores populares, obreros asalariados, como a grupos de clase media que compartieron urgencias y esperanzas a través de su participación en las grandes manifestaciones organizadas en la plaza. Este

calificativo trasciende la simple descripción de las personas y se extiende al propio espacio físico de encuentro. Su posición nodal en el hábitat de trabajadoras y trabajadores urbanos le otorgaba un significado especial, convirtiéndola en un escenario simbólico para la teatralización de la experiencia colectiva y las reivindicaciones por el bien común. Los elementos que hicieron reconocible la plaza no solo permearon de sentido las demandas que se elevaron desde las tribunas temporalmente instaladas en su interior, sino que también ilustran cómo un área residual dentro de la ciudad se integró en el tejido metropolitano desde lo práctico y lo representacional.

Jordi Borja y Zaida Muxi plantean que el espacio público «supone dominio público, uso social colectivo y multifuncionalidad», caracterizándose físicamente por «su accesibilidad, lo que le confiere un factor de centralidad» (2001:35). Desde esta perspectiva, es posible afirmar que la Plaza Artesanos fue un espacio público que se legitimó en la trama urbana histórica de la capital chilena, no solo por su condición de lugar abierto y su localización nodal, sino también por los diversos usos que albergó.

Servía en el cotidiano como estacionamiento para los vehículos que transportaban frutas y verduras al Mercado Tirso de Molina, al tiempo que funcionaba como explanada para un comercio de baratijas que se organizaba a modo de feria de las pulgas en su interior (Salazar, 2011:189). Por ella transitaban quienes iban de compras a los centros de abasto y a la pérgola Santa María, haciendo de este permanente circular una forma de reconocimiento recreativo del entorno urbano. Además, era punto de reunión para una sociabilidad festiva y a menudo desenfadada, alimentada por los bares, hoteles y restaurantes ubicados en el entorno de la Vega. De este modo, junto con la venta de alimentos, flores y artículos diversos, se desplegaba el comercio sexual, con mujeres y travestis ofreciendo sus servicios durante las noches, lo que añadía una capa más de interacción social y complejidad al lugar al terminar el día. A los usos señalados se adicionaba el derivado de las convocatorias políticas. Será justamente en este que enfocaremos nuestra atención.

Los usos políticos de la Plaza Artesanos ponen de manifiesto las contradicciones

entre la representación de la ciudadanía y las restricciones a la expresividad de las masas impuestas por Carlos Ibáñez del Campo. Aunque su gobierno inicialmente alcanzó el poder invocando la figura del pueblo trabajador, más tarde excluyó a las masas cuando se manifestaron en su contra, en medio de una crisis inflacionaria y de representación agravada por las medidas de persecución política amparadas en la Ley 8987. Esta tensión se hizo especialmente evidente en un contexto de expulsión de sectores subalternos del espacio público estatal y centralizado de Santiago, lo que revitalizó a la plaza chimbera como un lugar de encuentro y espacio altavoz de las demandas de los barrios que se sentían distante del corazón tecnocrático de la ciudad.

Parafraseando a E.P. Thompson, la Plaza Artesanos albergó la rebeldía de la cultura plebeya y su economía moral (1995). Estas cualidades se hacen evidentes en las motivaciones tras los mitines que exigieron respuestas a problemáticas, como la carestía de los artículos de primera necesidad, los derechos de las y los trabajadores, así como en el reclamo por las limitaciones impuestas al ejercicio de

la ciudadanía, lo que se tradujo en encuentros que buscaron la derogación de la «Ley Maldita» o que apelaron a la demostración de fuerza por medio de la conmemoración del Primero de Mayo. Cada convocatoria recordaba la costumbre de ocupar las calles, convirtiendo la experiencia compartida de una vida precarizada en motivo de reivindicación. Tal como expone Hilda Sabato para el contexto argentino del siglo XIX, la presencia física de multitudes en las calles reflejaba una tradición política que materializaba la opinión pública: una expresión concreta del espíritu cívico de una ciudadanía que, usualmente excluida de la vida política formal, encontraba en las manifestaciones callejeras su voz de protesta (2009:153).

Cuando se denegó el permiso para reunirse en el barrio cívico, el público plebeyo se trasladó a la Plaza Artesanos. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿Cómo se integran los elementos físicos y simbólicos que daban forma a este espacio en las demandas populares que se visibilizaron desde la plaza? ¿Cuáles fueron los hitos y componentes urbanos que la destacaron como espacio público significativo? ¿Qué

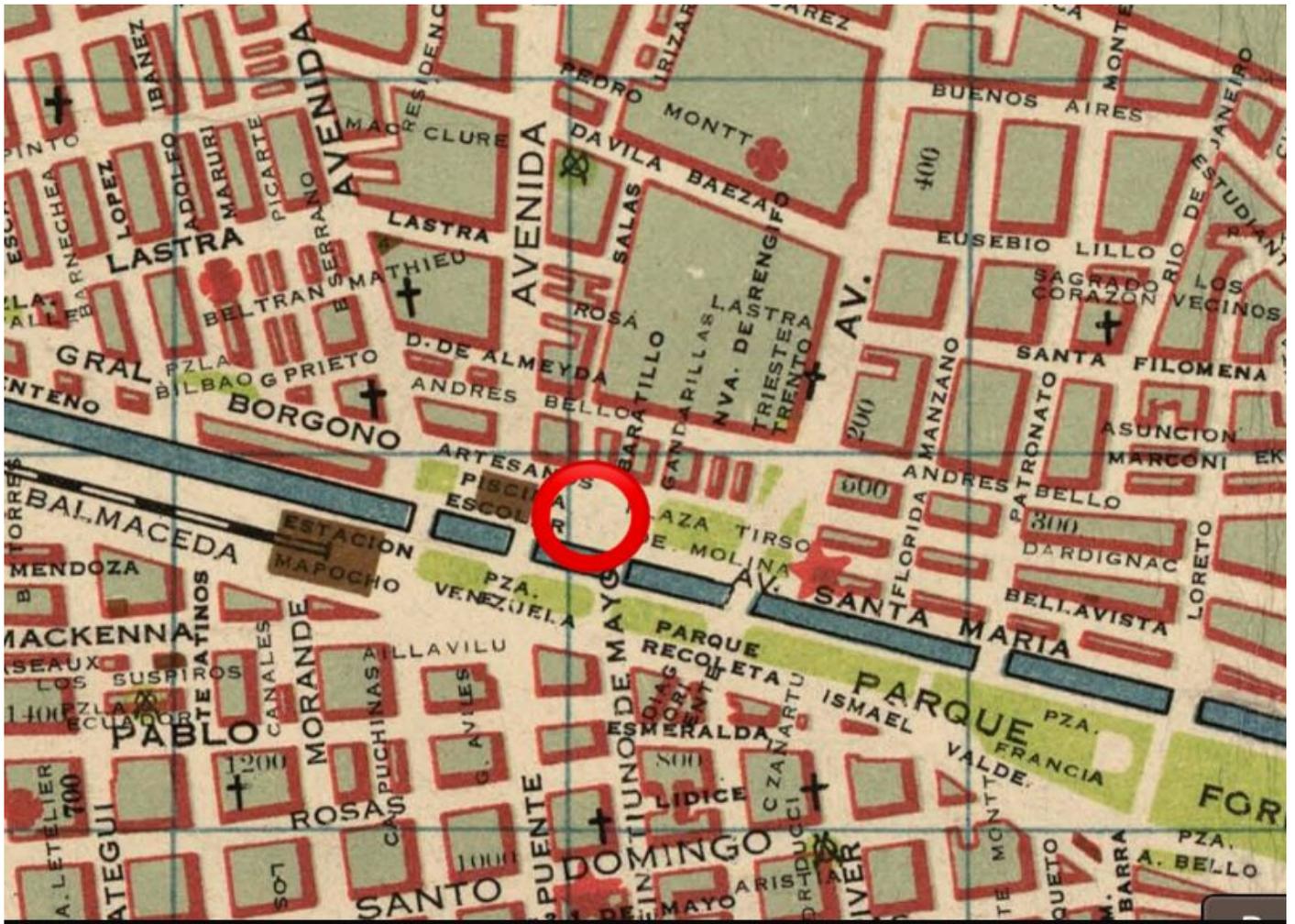
factores contribuyeron a que su estructura espacial facilitara la participación colectiva? ¿Qué características urbanas potencian sus atributos simbólicos, convirtiéndola en un altavoz para las necesidades de la comunidad plebeya? En las páginas siguientes, intentaremos responder a estas preguntas.

**Imagen 1. Fotografía en la que se identifica en segundo plano la Plaza Artesanos**



Fuente: Josep Alsina, c.1950-1960, Museo Histórico Nacional

Imagen 2. Fragmento de Plano de Santiago en el que se superpone la Plaza Artesanos



Fuente: Plano de Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1958, Biblioteca Nacional Digital

### 3. La exclusión de las convocatorias plebeyas del espacio público estatal

Carlos Ibáñez del Campo alcanzó la presidencia el año 1952, luego de una campaña basada en un discurso antipartidista, antioligárquico y nacionalista. Levantó una «candidatura suprapartidista» que convocó a sectores independientes, apelando a la satisfacción de las necesidades más inmediatas del pueblo (Fernández, 2008: 137). Durante su campaña no escatimó en recursos para encontrarse de frente con la multitud en el espacio público centralizado de la capital chilena, específicamente en la Plaza Bulnes y los entornos del Barrio Cívico que había contribuido a materializar en el marco mayor de reconfiguración de vínculos entre el Estado y su entorno espacial.

Según ha planteado Alberto Gurovich, durante el primer mandato dictatorial de Ibáñez (1927-1931), como:

«parte de un Plan General y después de un Plan Extraordinario de Obras Públicas, sufragados por la vía de empréstitos internacionales, se intenta materializar en un proyecto toda

la intención de crear un conjunto urbano representativo de la fuerza del aparato del Estado y la identidad nacional en torno del Palacio la Moneda» (2003:12).

Con este objetivo encargó a los arquitectos J. Smith Solar y J. Smith Miller un estudio para la construcción del Barrio Cívico, que incluyó la propuesta de dos espacios públicos relevantes: la Plaza de la Constitución y la Plaza Bulnes (Aguirre, 2009). Esta última integraría un barrio monumental en el que la ciudadanía tendría la posibilidad de presentarse ante el poder ejecutivo dando espesor político a la vivencia urbana. Dicha propuesta avanzó posteriormente en el plan presentado por el arquitecto y urbanista Karl Brunner el año 1932, viéndose complementada con la construcción de la Avenida Central y, finalmente, con el actual paseo peatonal Bulnes.

La importancia que Ibáñez del Campo otorgaba al espacio público como escenario de su política de masas, se manifestó claramente durante su campaña presidencial a través del uso de la Plaza Bulnes concebida como espacialidad cívica. El 30 de abril de 1952, la

Marcha del Trabajo, organizada en apoyo a su candidatura, incluyó un desfile que culminó con un acto en dicho lugar. Este evento, que se destacó por los carros alegóricos representando las actividades productivas nacionales, congregó a 15.000 personas. La prensa resaltó la «enorme cantidad de público» y la actitud de los asistentes, que «acudieron a presenciar el espectáculo y a formarse concepto sobre el arraigo popular del exmandatario» (*El Diario Ilustrado*, 2-V-1952:1).

La proclamación final de la candidatura del exgeneral también tuvo lugar en la Plaza Bulnes, en una concentración en la que se reunieron las fuerzas electorales que lo apoyaban. El cierre de campaña fue un evento espectacular, considerado una fiesta memorable para la ciudad de Santiago. Camiones y carretas adornadas, música y payasos atrajeron a las familias e incluyeron a los niños en la celebración (*Diario Ilustrado*, 1-IX-1952:10). Durante sus concentraciones, Ibáñez se dirigía al público desde una tribuna instalada frente al monumento ecuestre del General Bulnes, emplazada desde el año 1937 en el barrio cívico bajo el gobierno de Arturo Alessandri (Elgueda, 2023).

Marianne Braig y Anne Huffschmid han argumentado con elocuencia que «lo público no se concibe en los discursos latinoamericanos como un espacio imparcial de lo cívico y de la civilización, sino como una arena de constante lucha por el poder social y político» (2009:14). Esta premisa se expresa con claridad a la luz de los antecedentes sobre las restricciones impuestas al libre uso de espacio público en el Barrio Cívico, luego de que Ibáñez asumiera la presidencia. Una vez en el ejercicio de sus funciones, la actitud de Ibáñez hacia las masas cambió drásticamente. Abandonó el espíritu festivo y de apertura para restringir la presencia de aquellos sectores que adoptaban una postura crítica frente a su figura, en especial aquellos vinculados al sindicalismo autónomo de la CUT, constituida en 1953. Alegando la necesidad de resguardar la seguridad pública ordenó al intendente general, Santiago Danus, prohibir las concentraciones organizadas por la central sindical. En septiembre de 1953, ante las preguntas surgidas por la negativa de autorizar una concentración masiva en la Plaza Bulnes, Danus manifestó que «instrucciones permanentes facultan a los Intendentes para autorizar o no tales actos públicos», una

situación que fue confirmada por el ministro del interior, Carlos Ferrer (*El Diario Ilustrado*, 11-IX-1953:7). La negativa para permitir el acceso ciudadano al Barrio Cívico se complementó con medidas restrictivas adicionales, que incluyeron el despliegue de fuerzas policiales y restricciones a la libre circulación en el centro de la ciudad.

Los actores críticos al gobierno de Ibáñez se congregaron entonces en la Plaza Artesanos, un espacio que había sido utilizado desde la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia en 1948 para concentraciones que promovían el reclamo por el bien común a partir de experiencias compartidas. Estas reuniones se vincularon con lo político reivindicando su autonomía, distanciándose del mandato de los partidos de base popular que permanecían en conflicto. Se trataba de convocatorias que expresaban demandas sociales y facilitaban un acercamiento a la experiencia de pertenencia a una colectivo, trascendiendo el monopolio de los partidos y el imaginario liberal de participación política.

Así, la plaza se consolidó como un espacio de ejercicio de la vida social y política para la comunidad plebeya, representación a escala barrial de la polis. Se transformó en un ámbito para la expresión de demandas colectivas que desafiaban al poder establecido. Más allá de un simple escenario para tales eventos, funcionó como una plataforma para la autorepresentación. Los hitos físicos que la rodeaban formaban una relación interdependiente tanto física como simbólicamente. Esta interconexión confería al espacio una cualidad distintiva, enlazando la vida cotidiana con la particular experiencia de las concentraciones, y fusionando el entorno material con la participación de los sectores plebeyos en el escenario de la ciudadanía.

Un elemento fundamental en el deslinde territorial de la plaza era el Mercado de Abastos Tirso de Molina, el cual formaba parte de un circuito histórico de consumo y abastecimiento popular. Este mercado no solo contribuía a la economía local, sino que también integraba la identidad del espacio, proporcionando un punto de conexión entre los aspectos materiales y sociales de la vida comunitaria.

#### 4. El referente alimenticio y los mitines contra las carestías

Como ya se mencionó, el lugar en que se encontraba localizada la Plaza Artesanos se caracterizó históricamente por estar vinculado a la venta de pequeña producción agrícola, hortalizas, frutas de estación, comidas al paso, producción artesanal de objetos de uso cotidiano y chucherías o artículos de segunda mano. Armando de Ramón, a propósito del reconocimiento de los espacios públicos próximos al río Mapocho en el siglo XIX, menciona lo que fue conocido como Vega del Mapocho, justo en el sitio que, según señala, llevaría luego el nombre de Plaza Artesanos. La actividad comercial en la Vega del Mapocho infundió gran vitalidad al lugar, al punto de generarse congestión entre los peatones, los animales de carga, las carretas y los vehículos que transitaban por ahí. El comercio callejero fue posteriormente establecido al interior de galpones construidos como parte de las gestiones que llevaron a la canalización del río, facilitando con ello la descarga de productos llegados desde los campos aledaños a la ciudad (De Ramón, 2000: 184).

Los galpones dieron forma al antiguo mercado Tirso de Molina, el que se conectaba por su proximidad con otro espacio colindante, como era la Vega Central, mercado privado que contó con recursos públicos para su construcción. Entre estos dos sitios formaban un corredor de comercio y consumo que dio soporte a prácticas cotidianas de las capas plebeyas que lo frecuentaron desde la época colonial, actualizando con su permanencia un lugar propio en la ciudad (Ahumada, 2016). En torno al Mercado Tirso de Molina y la Vega Central, como señalaba una revista miscelánea en 1919, se comercializaba no solo «la mayor parte de la fruta y casi todas las legumbres y verduras que consumían los habitantes de Santiago», lo que atraía «un peregrinaje de los compradores de verduras desde los cuatro puntos cardinales de la ciudad» (Castillo y Deichler, 2019:51), sino que también se renovaban formas de sociabilidad basadas en vínculos tradicionales. Estos vínculos subrayaban la función social de los alimentos, convirtiendo a los mercados en núcleos de intercambio económico, social y cultural.

Frédéric Duhart postula que hay una relación clara entre alimentación e identidad, a través de lo que él denomina «identidad cultural alimentaria» (2002). Esta identidad, desde una perspectiva socioespacial, también se manifiesta en un imaginario que asocia ciertos territorios con su función de suministrar o mediar alimentos necesarios para la reproducción fisiológica y social de las personas. La Chimba, donde se encontraba la Plaza Artesanos, es descrita por Carlos Franz, desde los estudios literarios, como el lugar que «esconde nuestro vientre hambriento, nuestros sueños y también nuestra locura» (Franz, 2001:33). Como parte de un circuito comercial y de un barrio con una destacada función alimentaria en el imaginario urbano, la plaza adquiere significancia como un altavoz para las manifestaciones que expresaron el descontento frente a la carestía de productos de primera necesidad. Desde sus confines se denunciaba el hambre del pueblo, consecuencia de la crisis inflacionaria y los altos precios que impactaban la canasta básica de consumo popular. Este problema, que afectaba a Chile desde la década de 1940, se había intensificado debido al crecimiento demográfico y el

desequilibrio macroeconómico de los años cincuenta (Sagredo, 2014:214).

En 1951, se organizó el Comando Nacional contra las Alzas y la Especulación, presidido por Clotario Blest, con el objetivo de contrarrestar las consecuencias de la carestía en los alimentos y la vivienda (Núñez, 1963: 6). En la conmemoración del Primero de Mayo de ese año, el Comando llegó a la Plaza Artesanos donde se congregaron alrededor de 10.000 personas, entre obreros, empleados y estudiantes, instalándose la multitud en torno al monolito que se ubicaba en el centro del lugar y que homenajeaba a las floristas de la pérgola (*La Nación*, 2-V-1951:3). Al año siguiente, bajo la convocatoria del Movimiento Unitario de Trabajadores, se llevó a cabo un mitin masivo donde todos los oradores coincidieron en la urgencia de acceder a alimentos a precios justos y defendieron las ferias libres como «el único comercio que favorece a los consumidores de los barrios», diferenciándolos de los habitantes del centro de Santiago (*El Siglo*, 2-XII-1952:8).

En este contexto, se levantó la demanda de estabilizar los precios de los alimentos,

respondiendo a una problemática que afectaba profundamente a las familias populares. Dicha exigencia dio paso a otras de carácter proteccionista, antimperialista e igualitarista, reflejando la creciente politización en la arena del consumo popular.

Una vez constituida la CUT, desde la Plaza Artesanos se comenzaron a difundir proclamas que no solo criticaban el alza de los precios de los productos de primera necesidad, sino que también exigían mayores salarios para enfrentar el alto costo de la vida en la ciudad. Las manifestaciones se incrementaron en el contexto de las críticas al Plan Económico del gobierno de Ibáñez, por su incapacidad para reducir la inflación. Este descontento se intensificó a partir de 1955 con la llegada de la misión Klein-Saks, cuyas medidas restrictivas en materia de gasto público y reajustes salariales fueron objeto de cuestionamientos. La misión, compuesta por expertos norteamericanos, fue percibida como intervencionista y al servicio de objetivos externos que comprometían la soberanía nacional y la independencia económica del país, impactando negativamente

en la economía cotidiana de los sectores más precarizados (Simunovic, 2018:42).

La denuncia en contra del hambre del pueblo se expresó en su dimensión más dramática a través de la visibilidad dada al deterioro de los propios cuerpos plebeyos. Con motivo de un mitin en la Plaza Artesanos el 29 de junio de 1953, que buscaba exigir el aumento de salarios para enfrentar la inflación, se informó a la prensa que el obrero Jorge Pavés de la industria Sumar se había desmayado por desnutrición durante una marcha que avanzaba hacia la plaza, siendo necesario trasladarlo a la Posta Central de la Asistencia Pública donde quedó hospitalizado con objeto de estabilizarlo (El Siglo, 30-VII-1953:1).

Convocada por el Comando Provincial Contra las Alzas y la Asociación Nacional de Agricultores, la Plaza Artesanos albergó en marzo de 1954 una multitudinaria manifestación. A esta asistieron no solo obreros de sindicatos en conflicto y empleados, sino también figuras clave en la lucha diaria contra el aumento de los precios, como dueñas de casa, chacareros, pequeños productores y

comerciantes minoristas, todos protestando contra el encarecimiento de la vida. Reflejando el carácter improvisado y práctico del entorno, un camión se utilizó como tribuna, dotado de un altoparlante y adornado con la bandera de la CUT.

Durante las intervenciones de los oradores, los límites entre lo público y lo privado se hacían cada vez más tenues. Así deja en evidencia el discurso de Eliana Echeverría, al llevar hasta la plaza la discusión sobre el rol de la mujer y su lugar en la política. Su intervención subrayó la importancia de la participación femenina en las luchas sociales y económicas, resaltando que las mujeres no solo eran víctimas de la crisis, sino también actores fundamentales en la búsqueda de soluciones y reivindicaciones:

«Nuestros problemas no comienzan ni terminan en nuestros hogares. Empiezan en la aplicación de leyes represivas a los trabajadores, radio, prensa, artistas y en la entrega de nuestras riquezas a intereses foráneos. Las mujeres debemos sacudir nuestra inercia y luchar por la reforma agraria, escuelas, libertad de comercio y el

fin de las poblaciones callampas» (El Siglo, 29-III-1954:1).

En el año 1955 las medidas de presión por parte de los sindicatos afiliados a la CUT, así como de organizaciones de empleados públicos y particulares, aumentaron al coordinar un paro nacional contra la carestía que finalizó en un acto de masas en la Plaza Artesanos, según se informa en su portada El Siglo (imagen 3). En dicha oportunidad la convocatoria alcanzó dimensiones enormes al punto que no solo se repletó la plaza, sino también el puente frente a la Avenida la Paz, las calles laterales, la Plaza Tirso de Molina y el Puente de los Carros, lo que daba cuenta de la adherencia que esta demanda generaba entre los sectores plebeyos.

### Imagen 3. Imagen del mitin en la Plaza Artesanos contra el alza de los precios en los alimentos



Fuente: El Siglo (7-VII-1955:1)

Pese a la demostración de fuerzas contra las alzas que tuvo como epicentro la Plaza Artesanos, la situación no mejoró. Por el contrario, la inflación continuó siendo un problema para las y los habitantes de los barrios de la ciudad. En el mes de mayo de 1957 y tras una revuelta social de grandes proporciones conocida como la «semana trágica» gatillada por el alza del precio en el transporte público que expandió la protesta, el caos y la represión en Santiago (Milos, 2007), la CUT, la Agrupación Nacional y Provincial de Pobladores, Comités de Dueñas de Casa, Federaciones Nacionales y el Frente de Acción Popular (FRAP), organizaron un gran mitin contra las alzas en la Plaza Artesanos, entre cuyos objetivos estaba el denunciar lo que fue considerado el grave problema del aumento de valor de los «artículos de subsistencia: azúcar, té, arroz, aceite, etc.», además del precio de los servicios básicos como el transporte, la luz y el gas (El Siglo, 15-V-1957:9). Este mitin al que fueron convocados «los trabajadores de Santiago, el pueblo y sectores populares», constituiría la «formal notificación de los sectores más afectados por las alzas, en el

sentido de oponerse terminantemente a ellas» (El Siglo, 16-V-1957:4).

## 5. El elemento fluvial y los torrentes de manifestantes

Graciela Silvestri ha reflexionado sobre el ordenado a los cursos de agua en su convivencia con las ciudades y cómo estos representan un desafío a la racionalidad geométrica de la planificación por la inminencia del caos que dejan sus desbordes (2012, 2017). El Mapocho, hito natural relevante entre los referentes de la Plaza Artesanos, fue retratado históricamente como un río menudo pero rebelde por sus crecidas abruptas. Los desbordes son un tema recurrente en las crónicas de Santiago desde la época colonial y una imagen presente en la literatura decimonónica hasta que fue domesticado a través de su canalización. Joaquín Edwards Bello lo representa como «río típico araucano», «beligerante y solapado», «que arremete cuando se siente fuerte» (Calderón, 2005:31). La figura del Mapocho, rebelde y popular, es relevante ya que se entrelazó con el torrente humano que alcanzó sus laderas, sobrepasando los espacios

designados para el ejercicio de lo público en el contexto de convocatorias masivas. Este fenómeno revivido incluso en la historia reciente (Bobadilla, 2022) ha consolidado como una constante la proximidad entre el elemento fluvial y las manifestaciones de protesta social en sus márgenes.

Al demarcar el límite de la plaza por el lado sur, el río no solo definió la frontera física de esta, sino que también le proporcionó continuidad al conectarla con otros espacios públicos diseñados para aprovechar sus laderas en el tramo urbano que iba, según señala Simón Castillo, «desde Providencia por el oriente hasta Matucana por el poniente» (2018:21). Con ello, la plaza veía incrementada su calidad pública al convertirse en un espacio dinámico y estratégico dentro del tejido urbano, donde las corrientes naturales se entrelazaban con los flujos humanos y sociales que definían la vida política de la ciudad. La imagen del curso de agua como telón de fondo ayuda a entender cómo este lugar se integró con otros territorios de Santiago. Con ello, se evidencia la necesidad de superar la escala barrial para analizar la

influencia de la plaza plebeya como un espacio de articulación, avanzando así hacia una perspectiva de observación metropolitana.

De manera similar a como el río actuó en tanto elemento de integración territorial, las columnas de manifestantes que avanzaron desde el oriente, centro, sur y poniente de Santiago, también cumplieron la función de conectar la plaza con el resto de la ciudad. Fue un torrente compuesto por trabajadoras y trabajadores industriales, pequeños comerciantes, estudiantes secundarios y universitarios, pobladores y pobladoras, artistas, profesoras y profesores, campesinos, intelectuales, familias con niñas y niños que cubrieron con sus cuerpos, lienzos, carros, carretelas decoradas y bandas de músicos, las calles de la ciudad. La circulación como metáfora de los caudales humanos se torna presente en las descripciones de la confluencia de las columnas que marchaban desde los distintos puntos de la ciudad para llegar a la ribera norte del río. La prensa más entusiasta hablaba de los desfiles que se convergían como «ríos humanos desde los externos de la ciudad hasta la Plaza Artesanos» (El Siglo, 2-V-1954:5).

La mayoría de las veces los afluentes de manifestantes llegaban caminando, ya que era común, especialmente en vísperas de las fechas más emblemáticas, como el Día del Trabajador, que la Empresa de Transportes Públicos del Estado interrumpiera el servicio de locomoción colectiva paralizándose el tránsito habitual que rodeaba a la plaza (*La Nación*, 2-V-1954:22). Llegar marchando también representaba un rito que permitía encontrarse previamente con los amigos, colegas o compañeros de militancia en determinados lugares de fácil acceso o de importancia simbólica, para desde ahí avanzar en grupo, interrumpiendo la normalidad de la vida en la ciudad y haciendo visibles las demandas de los sectores excluidos de los espacios de deliberación. Los organizadores de las convocatorias dieron publicidad a estos lugares de congregación intermedia, dividiendo y estructurando la ciudad en 5 regiones: oriente, poniente, sur, centro y norte (*El Mercurio*, 1-V-1953). Definir puntos intermedios tenían como objetivo agrupar a los trabajadores por sectores y según su ubicación geográfica, estableciendo un orden territorial a partir del cual la masa plebeya organizaba su arribo a la

plaza. Si bien se buscó encausar las marchas por las calles más concurridas o cargadas de significado, la disputa con la intendencia muchas veces obligó a modificar los recorridos (Bravo, 2022:159).

En el centro, la Plaza de Armas, espacio colonial y decimonónico de representación del Estado en la ciudad, sirvió como punto de encuentro para iniciar el desfile hacia el lado norte del Mapocho. El 12 de diciembre de 1952, en la que fue considerada una «combativa concentración» que buscaba dar cumplimiento a las conquistas sociales del gremio de los empleados municipales, los trabajadores de los municipios de Santiago y las comunas de Renca, Las Condes, Providencia, La Cisterna Quinta Normal y Ñuñoa, se reunieron en el hito cero para avanzar hasta la Plaza Artesanos en un recorrido que contempló las calles Catedral, Teatinos y Ahumada (*El Siglo*, 18-XII-1952:8).

En la zona centro también se localizaba la Plaza Almagro, donde se reunieron los trabajadores de las imprentas. Allí llegaron, en mayo de 1955, los obreros de la imprenta Horizonte con sus carteles que acusaban la represión

a los medios de comunicación contrarios al gobierno de Ibáñez. Horizonte, ubicada en la calle Lira 362, era la imprenta donde se editaba *El Siglo* tras la proscripción del Partido Comunista (Salgado, 2018).

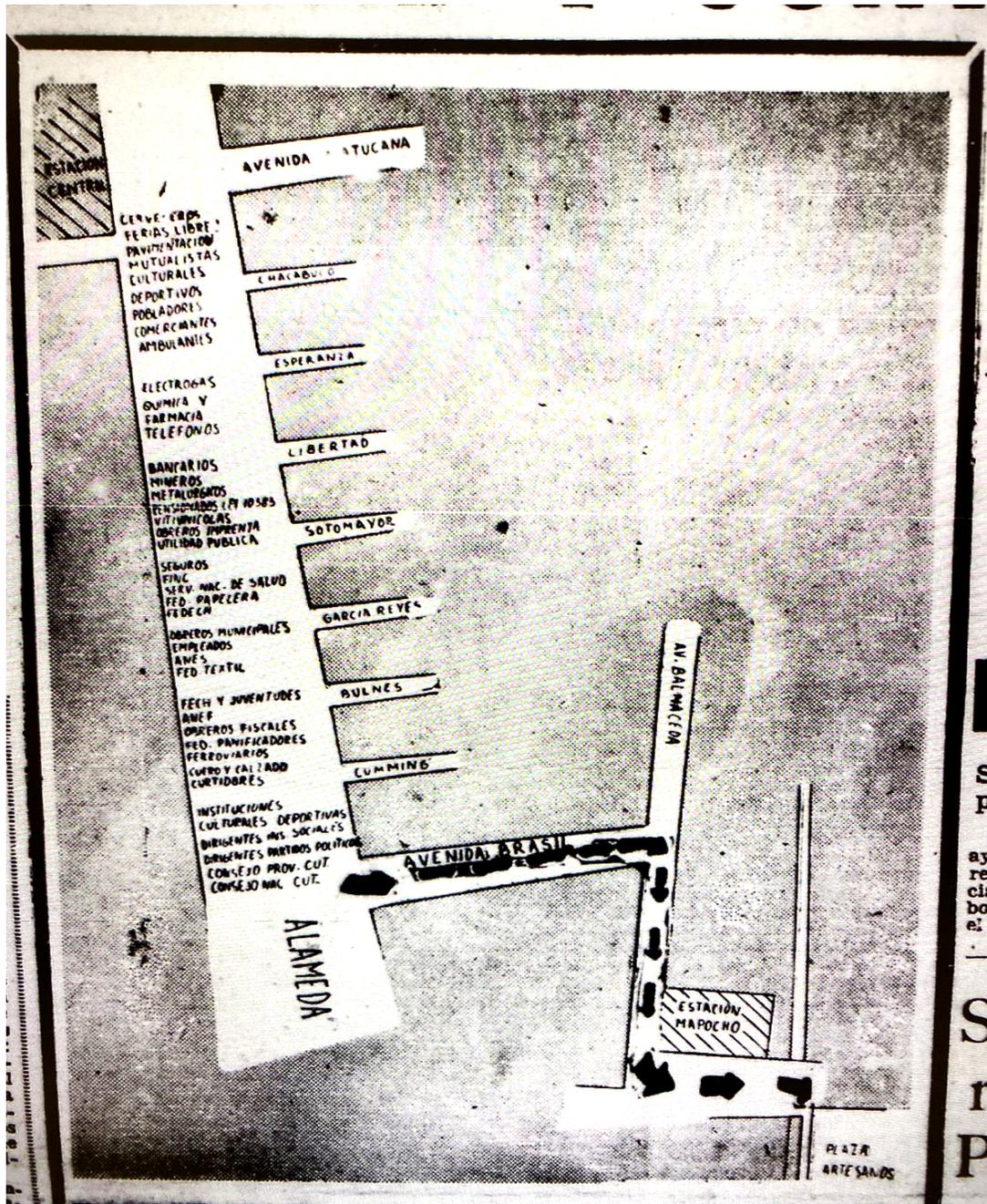
A esta cartografía de espacio de encuentro de manifestantes se sumaba la Plaza Vicuña Mackenna, a un costado del Cerro Santa Lucía, donde el año 1956 se reunieron alrededor de 35.000 manifestantes convocados por la CUT y partidos de izquierda que desfilaron por Miraflores hasta la Plaza Artesanos para reclamar contra la vulneración de las garantías constitucionales y la mala dirección del gobierno en materia económica (*El Mercurio*, 26-X-1956:10).

Por el oriente, los manifestantes se congregaron en la Plaza Baquedano, desde donde avanzaron por San Antonio para ser recibidos con «vítores que saludaban los estandartes, banderas, carteles y carros alegóricos, etc.» (*El Siglo*, 2-V-1954:5). En este sector, según ha reconstruido un detallado estudio de Viviana Bravo, se agrupaban empleados de distintos gremios entre los que se encontraban los de

la salud, educación, bancario, sector público y estudiantes, además de los sindicatos y pobladores de Providencia, Las Condes, Barrio Bellavista, Ñuñoa y Puente Alto (2022:158).

En la región oeste de la ciudad, las columnas se congregaban en la Plaza Argentina, situada frente a la Estación Central. Desde este punto marchaban por la Alameda hasta cruzar el río a la altura de la Avenida La Paz. Aunque también se avanzaba por la calle Amunátegui, este recorrido era objeto de disputas con las autoridades. La imagen 4 ilustra el trayecto de una columna que se desplazaría desde la Estación Central hasta la Plaza Artesanos, de acuerdo con la programación de los organizadores de la convocatoria que fue difundida en *El Siglo*. Esta ruta no solo representa un camino físico, sino también un símbolo de resistencia y unidad entre los participantes.

### Imagen 4. Recorrido de huelga convocada por la CUT en 1954



Fuente: El Siglo (16-XII-1954:2)

Por la región sur de Santiago las columnas que desembocaban en la Plaza Artesanos lo hacían luego de reunir a los manifestantes en la intersección de Avenida Matta con Arturo Prat, avanzando cuando les fue permitido, por la calle Ahumada. En coherencia con la expansión de la periferia urbana hacia esta región desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, así como con la presencia de masas de pobladores, obreros y trabajadores populares, las marchas que provenían de esa dirección eran las más numerosas según los registros de la época. El año 1954 la prensa señalaba, a propósito del llamado de la CUT para la conmemoración del Día del Trabajo, que lo «más impresionante fue sin duda alguna la llega al sitio de la concentración de los manifestantes que integraban la columna del sector que partió en Avenida Matta con Arturo Prat y que cubrió 15 cuadras. La entrada de esta columna desbordó la Plaza Artesanos» (El Siglo, 2-V-1954:5). Además de las marchas masivas que provenían de los cuatro puntos cardinales, también se llevaron a cabo otras más pequeñas que llegaron a la Plaza Artesanos desde lugares específicos, especialmente desde los propios sitios de trabajo. Estas movilizaciones tenían el objetivo de denunciar los conflictos

que determinados gremios mantenían con los industriales y el gobierno. En este contexto de movilización o huelga, la tensión aumentaba durante los desplazamientos.

En diciembre de 1952, desde la Plaza Ercilla ubicada en la comuna de Santiago, junto a los Arsenales de Guerra, partió una columna de obreros panificadores con dirección a la Plaza Artesanos. Estos trabajadores protestaban contra el alza de precios y la amenaza de monopolio que enfrentaban. Al desfile fueron invitados trabajadores de todos los sectores, con el propósito de visibilizar la problemática que afectaba a los panificadores y hacer frente a la especulación (El Siglo, 17-XII-1952:5).

Las industrias fueron centros irradiadores de manifestantes. Así ocurrió con Sumar, cuyos obreros y obreras acudían frecuentemente al llamado de la CUT en desfile desde las dependencias industriales en la actual comuna de San Joaquín. En dicho sector también se encontraba el sindicato de Pizarreño, lugar de asiento de miles de trabajadores que marchaban hasta el lado norte de Santiago (El Siglo, 30-VII-1953:1).

A las marchas mencionadas, se sumaban aquellas de gremios de trabajadores urbanos no industriales, como los agrupados en la Federación Nacional de Trabajadores de la Prensa, quienes a través de su Frente Gráfico y luego de reunirse en el local de la Sociedad Unión de Peluqueros en la calle Santa Rosa, avanzaron el año 1955 hasta la Plaza Artesanos para reforzar la necesidad de que el gobierno les entregara un préstamo y así enfrentar la crisis, anunciando de paso la inmanencia de un paro nacional (*El Diario Ilustrado*, 8-XII-1955: 4).

## 6. La identidad espacial obrera en la conmemoración del Primero de Mayo

La Plaza Artesanos evocó una identidad espacial que tuvo en el mundo del trabajo su referente social más evidente. Ya hicimos mención al topónimo entre la calle y el lugar de encuentro. Esta conexión se extiende más allá del entorno inmediato para darle valor como nodo en un hábitat de trabajadoras y trabajadores urbanos. Antes de que fuera centro de convocatorias políticas de alcance metropolitano, la plaza ya era un lugar de confluencia de las y los habitantes de la zona norte de la ciudad que, desde

ese punto, avanzaban para encontrarse con otros manifestantes en el centro cívico. Esto se evidenció el año 1952 cuando a un mitin en el centro de la ciudad llegó una columna de manifestantes desde la Plaza Artesanos, bautizando el desfile como la marcha «Del Trabajo» (*El Diario Ilustrado*, 1-IX-1952:10).

En el desarrollo urbano de Santiago se observa una clara tendencia a la segregación espacial, lo que se tradujo en la atribución de características sociales, económicas y físicas a las comunas que conformaban la capital. Los asentamientos urbanos plebeyos adquirieron identidad a partir de rasgos sociodemográficos específicos relacionados con las actividades productivas de sus habitantes, así como por la presencia de centros industriales. Este fenómeno se entrelazó con aspectos vinculados al entorno natural, que en muchos casos permanecía no urbanizado.

Así, la ocupación de la periferia se caracterizaba por su informalidad legal, la pobreza material y su localización en áreas consideradas residuales, como las riberas de ríos o las laderas de cerros (Castillo y Vila, 2022: 35).

Esta dinámica de segregación no solo reflejó desigualdad económica, sino que también afectó las condiciones de vida de quienes habitaban en estas zonas, perpetuando ciclos de exclusión social.

La Plaza Artesanos se encontraba en el límite de las actuales comunas de Independencia y Recoleta, donde existían poblaciones de obreros y empleados, así como sitios de mejoreros y poblaciones conocidas como «callampas». Además, estaba cerca de la comuna de Quinta Normal, que era percibida como un área obrera debido a la presencia de un importante sector industrial y a una amplia oferta de empleo fabril, particularmente en torno al barrio Yungay (Venegas y Prudent, 2021). Este sector productivo albergaba a trabajadores de diversos rubros, reflejando la heterogeneidad y la interconexión de las comunidades trabajadoras en la zona.

Simón Castillo y Waldo Vila (2022) han examinado en detalle la conformación de la periferia de Santiago durante la primera mitad del siglo XX, enfocándose en los aspectos sociales y ambientales de la región norte de la ciudad. En

relación con el tema que nos ocupa, los autores presentan información relevante sobre Renca, una comuna que colindaba en su extremo sur con la Plaza Artesanos. Esta ubicación era estratégica debido a su cercanía con el centro, lo que «favoreció el asentamiento de grupos de trabajadores que buscaban una alternativa al conventillo, con la posibilidad —por primera vez— de acceder al terreno en propiedad para la autoconstrucción de vivienda» (Castillo y Vila, 2022: 67).

Durante las primeras décadas del siglo XX, en Renca se levantaron importantes conjuntos obreros, como las poblaciones Bulnes, Balmaceda, Matucana y O'Higgins bajo el primer mandato de Carlos Ibáñez, quien impuso una agenda de modernización urbana en cuanto a vivienda (Castillo y Vila, 2022: 63). Un poco más distante, pero igualmente conectada con la plaza a través de los flujos de trabajadores, se encontraba la comuna de Conchalí, que también nació como una iniciativa de Ibáñez para controlar el crecimiento urbano irregular (Castillo y Vila, 2022: 106). En esta comuna se construyeron

emblemáticas poblaciones populares, como Chorrillos, Monterrey, El Salto y La Palma.

La precarización en las condiciones de vida por la falta de acceso a vivienda, seguridad, higiene, movilidad, salud y educación en los territorios de la periferia, hizo que las y los pobladores de la zona norte asumieran una posición activa, a través de formas comunicacionales de participación en la esfera pública y la organización de base para acceder a los beneficios de la urbanización (Prudent, 2023). Este carácter reivindicativo, forjado en la búsqueda de una vida digna, implicó la ocupación de la ciudad y, en particular, del espacio público inmediato, con el objetivo de hacer oír las diversas demandas de los pobladores. La condición de trabajadores productivos y activos en el desarrollo del país les otorgaba una tribuna de legitimidad a sus reclamos. De este modo, la Plaza Artesanos adquiere una importancia significativa debido a su ubicación estratégica como punto de articulación de territorios cuya identidad se forjó en el contexto de las luchas históricas por el derecho a la ciudad.

La identidad espacial que vincula la plaza con el hábitat de las familias de trabajadores urbanos permite entender su centralidad como soporte físico para la conmemoración de uno de los días más importantes entre los grupos organizados: el Primero de Mayo, también nombrado como Día del Trabajo. Durante la década de los años cincuenta, la CUT, principal entidad autónoma en representación de los gremios sindicalizados, organizó las actividades masivas de conmemoración en la Plaza Artesanos, con excepción del año 1958 donde se pudo regresar a la Plaza Bulnes bajo estrictas medidas que impedían «hacer política» durante el evento (*La Nación*, 2-V-1958:1). Así, este día solemne para el mundo del trabajo encontró en la plaza de la Chimba su principal lugar de expresión.

Aunque en 1929, durante el gobierno dictatorial de Carlos Ibáñez del Campo, la fecha fue legalizada como «Fiesta del Trabajo» y, más tarde, en 1931, declarada feriado legal, durante su segundo mandato solo fueron recibidos en el barrio cívico los llamados «trabajadores independientes», es decir, aquellos no afiliados a la CUT a través de sus

sindicatos. En este contexto, Ibáñez se erigió como símbolo de conciliación entre el capital y el trabajo, mientras se vivía un ambiente de represión hacia los dirigentes gremiales y se encontraba vigente la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que permitió la promulgación de decretos para restringir el derecho a huelga y facilitar la intervención estatal en los sindicatos.

Siguiendo a Alberto Lomnitz y Larissa Adler Lomnitz, quienes sostienen que «todo acto político en la esfera pública representa un drama y, por lo tanto, puede ser analizado en términos de puesta en escena» (2009:24), se puede afirmar que cada Primero de Mayo se convirtió en una instancia de escenificación de las fuerzas plebeyas. En estos eventos existió un guion y una interacción palpable entre el público y quienes se encontraban en la tribuna situada en el costado poniente de la plaza, manifestándose a través de la entonación conjunta de piezas musicales, aplausos y pifias que subrayaban el clima de tensión entre las fuerzas productivas, los actores patronales y el gobierno (*El Diario Ilustrado*, 2-V-1955:13). En estos actos conmemorativos,

la CUT logró congregarse a miles de trabajadoras, trabajadores y a sus familias. Cada año se destacaba la importancia de la unidad y el valor de la autorepresentación, mediante discursos cuidadosamente elaborados que abordaban los problemas comunes. En la convocatoria de 1951 participaron dieciséis oradores de diferentes organizaciones, como la Federación del Cuero, los conductores de la locomoción colectiva, la Alianza Femenina contra la Especulación y los jubilados (Garcés y Milos, 1986: 49). Sin embargo, con el paso del tiempo, la tendencia cambió para hacer el evento más dinámico y evitar así el «festival de discursos» que amenazaba con causar tedio en la audiencia. Clotario Blest fue uno de los portavoces más destacados convocando a miles de trabajadores, como se evidencia en una nota de prensa y fotografía de la revista *Zig Zag* del año 1955 (imagen 5). Este notable liderazgo lo llevó a ser objeto de represalias, iniciando un periplo por las cárceles debido a su capacidad para representar de manera diversa y transversal el drama social que afectaba a los hijos e hijas del trabajo.

**Imagen 5. Clotario Blest dirigiéndose a la masa de trabajadores en la Plaza Artesanos**



Fuente: Revista *Zig-Zag* (7-V-1955:1)

Las conmemoraciones del Primero de Mayo son probablemente las instancias más públicas de las llevadas a cabo en la plaza en el sentido de lo planteado por Silvia Sigal, toda vez que se trató de una demostración colectiva de participación en torno a objetivos compartidos que «tiene lugar en el espacio material de la Plaza» y, además, «penetra en el ámbito de la prensa», gracias a lo cual es posible reconstruir los acontecimientos que activaban la identidad socioespacial en este lugar (2006:15). Durante esta fecha, la plaza se convertía en el epicentro de un acto que captaba la atención de diversos medios de comunicación, tanto impresos como radiales, considerándose un acontecimiento de masas que figuraba en la agenda noticiosa. Sin embargo, la magnitud de la convocatoria y la capacidad concreta de llenar el espacio variaban según la interpretación de las líneas editoriales.

Entre los objetivos declarados durante la conmemoración de los actos del Primero de Mayo se encontraba la articulación de los sectores trabajadores, la exigencia del fin de las alzas de precios y la denuncia por la carestía que afectaba a los bienes de primera necesidad.

También se planteaban soluciones a los problemas que mantenían en conflicto a los gremios obreros, medidas para enfrentar el problema de la vivienda, el establecimiento de un salario vital, la derogación de la llamada «Ley maldita» y de los decretos que perseguían la organización sindical, así como la libertad de comercio con todos los países sin restricciones, entre otros reclamos que surgían cada año.

La masividad de la convocatoria buscaba ser la mayor expresión de fuerza de los grupos plebeyos en el palco urbano. En torno a esta fecha, los espacios fabriles perdían protagonismo, mientras que el espacio público, estrechamente vinculado a los lazos territoriales, se convertía en el vehículo para visibilizar los problemas laborales y las urgencias cotidianas que enfrentaban las y los habitantes de los barrios de la ciudad. Esta dinámica resaltaba el poder de la colectividad y subrayaba la importancia de la plaza política como plataforma para expresar y reivindicar derechos laborales y sociales. Viviana Bravo analizó en detalle el «despliegue urbano» tras la conmemoración de la fecha, desde una perspectiva de «lucha de clases» que se habría traducido en la:

«apropiación y resignificación del espacio público; la defensa de las calles, plazas y esquinas que marcaron la trayectoria de su movilización; los espacios de socialización y los diversos modos en que la clase trabajadora se hizo parte, más o menos masivamente, más o menos unitariamente, año a año» (2022:155).

Al calor de la movilización, existieron instancias que actualizaron el imaginario urbano que relacionaba la plaza con un entorno habitado por trabajadores y trabajadoras. Junto a los consabidos discursos, los periódicos mencionan la transmisión de música popular previa al acto político para dar un «alegre aspecto» a la plaza, en coherencia con el ambiente festivo que caracterizó a los barrios de ultra Mapocho. Asimismo, se presentaron actos musicales y piezas de baile que homenajearon a los mártires de la fecha, como fueron las cuecas de las Viudas de Lota que, con sus carretas adornadas de flores, llevaban hasta la ciudad las penurias de los mineros del sur de Chile (*El Mercurio*, 2-V-1954:22). La escenografía se complementaba con la instalación de

puestos de venta de libros sobre la historia del movimiento obrero en los bordes de la plaza.

Como parte de la conmemoración del Primero de Mayo, se organizaba una tradicional Maratón de los Trabajadores que recorría distintos puntos de Santiago. Esta actividad representaba una expresión de ocupación del espacio, fundamentada no en las lógicas del tiempo racionalizado por el capital, sino en los preceptos de regeneración de los cuerpos y su derecho al ocio. La maratón, organizada por el gremio de los suplementeros, partía de la Plaza Artesanos, justo frente al Teatro Balmaceda.

El recorrido incluía transitar por los barrios de Independencia, Mapocho, Balmaceda, Teatinos, San Pablo, Estación Central, Alameda, Plaza Italia, Puente Pío Nono y Bellavista, finalizando de nuevo en la plaza, en el mismo lugar donde había comenzado (*El Siglo*, 30-IV-1957:1). Esta instancia, al igual que las columnas que marchaban desde distintos puntos de la ciudad, puede interpretarse como una forma de articulación del espacio urbano. Los participantes utilizaron las calles por las

que circularon para llevar a cabo una agenda de actividades reivindicativas, desafiando así el sentido restringido que su vida cotidiana les permitía sobre la ciudad. Tal ocupación del espacio público no solo visibilizaba sus demandas, sino que también afirmaba su derecho a participar en la construcción de un espacio urbano que reflejara sus necesidades y aspiraciones.

## 7. Conclusiones

Este artículo ha tenido como objetivo analizar, de manera relacional, las dimensiones práctico-simbólicas que definieron históricamente a la Plaza Artesanos como un espacio público plebeyo, a partir de las reivindicaciones y manifestaciones que este lugar albergó durante la década de 1950. A través del procesamiento de la información hallada en un corpus de documentos que incluyó prensa, literatura y fotografías, se ha abordado la relevancia de esta plaza y las formas de interacción social que convocó, reconociendo en ellas una expresión colectiva de la vida urbana en la ciudad de masas. Dichas fuentes no especializadas en la historia urbanística, pero ricas en

antecedentes sobre la experiencia de habitar Santiago a mediados del siglo XX, permitieron explorar un fragmento de la ciudad que, aunque invisible en planos y mapas, está presente en la memoria colectiva y en los vestigios de identidad socioespacial de la capital chilena.

De acuerdo con los deslindes metodológicos de la historia cultural urbana, se focalizó el estudio en una pieza específica, como es la Plaza Artesanos; sin embargo, queda pendiente un ejercicio comparativo que permita establecer conexiones más profundas entre esta plaza y otras dispersas en la ciudad. Esto contribuiría a formular generalizaciones útiles para diversificar las formas de comprender la problemática urbana desde una perspectiva cultural. El desafío se amplía al considerar la necesidad de una mirada regional o transnacional sobre los espacios públicos plebeyos en las ciudades masificadas, lo que delinea un horizonte para futuras investigaciones.

El análisis de los documentos apuntó a reconstruir los imaginarios urbanos asociados a la Plaza Artesanos y comprender las lógicas de apropiación del caudal simbólico que este

lugar poseía. En esta perspectiva, se abordó la relevancia de la plaza como un espacio público significado por los sectores plebeyos disidentes al gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, brindándoles la posibilidad de expresar sus reivindicaciones más allá del control del Estado y de los partidos políticos, en medio de la emergencia del liderazgo de la CUT. Las prácticas asociativas y de participación colectiva escenificadas en la plaza, la sitúan como un referente de las demandas por el bien común y la interpelación al poder constituido. Así, la plaza no solo fue un lugar de tránsito y encuentro, sino también un emblema de resistencia y cohesión comunitaria, donde las capas de significado que surgieron de los usos cotidianos y las demandas sociales que allí se levantaron, le conferían un denso espesor simbólico.

La Plaza Artesanos emerge durante los años cincuenta como plataforma para la autorepresentación. Los elementos materiales que la componían interactuaban con las prácticas de participación colectiva, fusionando experiencias sociales con referentes físicos que generaban sentido. La proximidad del Mercado

Tirso de Molina y de la Vega delinearon el entorno inmediato de la plaza, reforzando su relevancia como soporte espacial para manifestarse contra la carestía de productos básicos, y denunciar las tensiones que enfrentaban los habitantes de la ciudad ante el hambre y la precarización de sus condiciones de vida. A su vez, el río Mapocho, al definir su límite físico y enlazar la plaza con otros espacios públicos, consolidaba su importancia en la trama urbana, a la vez que reafirmaba su carácter plebeyo.

Por otro lado, se ha analizado la importancia de esta plaza como un nodo evocador de identidad arraigada en el mundo del trabajo y punto de enlace de barrios obreros y populares en la región norte de Santiago. Al respecto, la conmemoración del Primero de Mayo es relevante ya que permite identificar la interacción entre los manifestantes y el espacio, y con ello, la apropiación del imaginario que le concedía una connotación reivindicativa a este lugar.

Además de los usos propios del cotidiano, esta plaza fue epicentro de manifestaciones

que convocaban a habitantes provenientes de los cuatro puntos cardinales de la ciudad, lo que invita a considerar su relevancia no solo desde una perspectiva barrial, sino también como un punto de articulación metropolitana.

Finalmente, es posible señalar que la Plaza Artesanos se presenta como un símbolo complejo y multidimensional dentro del contexto urbano de Santiago. Aunque su presencia tangible se ha desvanecido en los registros oficiales de la planificación urbana, su historicidad se manifiesta junto con determinadas formas culturales derivadas de la vida en la ciudad. Su transformación de un terreno aparentemente baldío a un lugar de encuentro masivo ha dejado una huella que es necesario recuperar como parte de la historia urbana de Santiago de Chile.

**Agradecimientos:** Este artículo es resultado del proyecto ANID/FONDECYT/INICIACIÓN N°11231124.

## Fuentes primarias

### Periódicos

El Diario Ilustrado (1952-1958)

El Siglo (1951-1958)

La Nación (1950-1958)

El Mercurio (1952-1959)

Zig-Zag (1955)

## Referencias citadas

Ahumada, L. (2016): *La identidad en los mercados de abastos como soporte urbano: permanencia de la Vega Central en la ciudad de Santiago de Chile*, tesis de maestría inédita, Universidad de Chile.

Almandoz, A. (2008): *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*, Caracas, Equinoccio-Universidad Simón Bolívar.

Almandoz, A. (2013): *Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas*, Santiago, Colección Estudios Urbanos UC.

Álvarez, P. (2011): «La Chimba del Valle del Mapocho: historia de una alteridad en construcción (siglos XVI-XIX)», *Revista de Geografía Espacios*, 1, pp. 19-42.

- Baeza, R. S. (2014): *Historia mínima de Chile*, México, El Colegio de México.
- Bellant, A. (2005): *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires (1943-1955)*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Prometeo Libros.
- Bobadilla, R. (2022): «El río perdido de Santiago: desbordes y avenidas poéticas del río Mapocho», *Revista[sic]*, (32), pp. 131-147. DOI: <https://doi.org/10.56719/sic.2022.32.431>
- Borja, J., y Muxí, Z. (2003): *El espacio público: ciudad y ciudadanía*, Electa. Disponible en web: <https://goo.su/lwCnIZi>
- Braig, M., Huffschmid, A. (2009): «Los poderes de lo público: Hacia una categoría transdisciplinaria para (re)pensar sociedades en transformación», en M. Braig, A. Huffschmid, eds., *Los poderes de lo público: debates, espacios y actores en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, pp. 11-26.
- Bravo, V. (2022): «¡Ni fiesta ni congoja! El 1 de mayo en tiempos de la ley maldita, Santiago de Chile, 1948-1958», en V. Bravo, M. Mastrángelo, coords., *La izquierda en movimiento. Clase trabajadora y luchas populares en América Latina (siglos XX y XXI)*, Clacso, pp. 151-187.
- Calderón, A. (2005): *Memorial de Santiago*, Santiago, Ril Editores.
- Castillo, S. (2018): *El río Mapocho y sus riberas: Espacio público e intervención urbana en Santiago de Chile (1885-1918)*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Castillo, S., Deichler, C. (2019): *El Mercado Central de Santiago: Historia visual, consumo y patrimonio urbano (1872-1984)*, Santiago, Ril Editores.
- Castillo, S., Vila, W. (2022): *Periferia: Poblaciones y desarrollo urbano en Santiago de Chile, 1920-1940*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- De Ramón, A. (2000): *Santiago de Chile*, Santiago, Sudamericana.
- Duhart, F. (2002): «Comedo ergo sum. Reflexiones sobre la identidad cultural alimentaria», *Gazeta de Antropología*, (18). Disponible en web: <https://digibug.ugr.es/handle/10481/7403>

Elgueda Labra, G. (2023): «Arturo Alessandri Palma y la teatralidad de lo político durante su segundo gobierno: La estatua de Manuel Bulnes y el Barrio Cívico (Santiago de Chile, 1937)», *Autoctonía*, 7(1), pp. 163-198. Disponible en web: <https://goo.su/aaBNS>

Ewen, S. (2018): *What is Urban History?*, Cambridge, Polity Press.

Fernández, J. (2008): *El Ibañismo: Un caso de populismo en la política chilena (1937-1952)*, Santiago, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Franz, C. (2011): *La muralla enterrada*, Santiago, Editorial Planeta Chilena.

Gamboa, P. S. (2018): «El fracaso de las políticas económicas en Chile: La Misión Kemmerer y la Misión Klein-Saks (1925-1958)», *Estudios Nueva Economía*, 5(1), pp. 41-54. Disponible en web: <https://ideas.repec.org/a/ris/eneene/0038.html>

Garcés, M., Milos, P. (1989): *1° Mayo: los sucesos de Chicago y el 1° de mayo en Chile*, Santiago, Eco.

Gorelik, A. (2002): «Imaginarios urbanose imaginación urbana. Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos», *Eure*, 28(83), pp.125-136. Disponible en web: <https://goo.su/ZSCf13>

Gorelik, A. (2011): «La memoria material: ciudad e historia», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (33), pp. 181-187. Disponible en web: <https://goo.su/FBPzz1>

Gorelik, A. (2016): *La grilla y el parque: Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Argentina, Universidad Nacional de Quilmes.

Gravano, A. (2016): *Antropología de lo urbano*, Santiago, LOM Ediciones.

Gurovich, A. (2003): «La solitaria estrella: en torno a la realización del Barrio Cívico de Santiago de Chile, 1846-1946», *Revista de Urbanismo*, (7), pp. 1-28. Disponible en web: <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/118005>

Halbwachs, M. (1990): «Espacio y memoria colectiva», *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 3(9), pp.11-40.

Ibarra, M., Bonomo, U. (2012): «De la fábrica a la vivienda: La protección de la memoria obrera en torno a la Fábrica Central de Leche, Santiago de Chile», *Apuntes: Revista de Estudios sobre Patrimonio Cultural-Journal of Cultural Heritage Studies*, 25(1), 40-61. Disponible en web: <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revApuntesArq/article/view/8832>

Ibarra, M. (2019): «Urban History», en A. Orum, *The Wiley Blackwell. Encyclopedia of Urban and Regional Studies*, Oxford, Wiley-Blackwell. Disponible en web: <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revApuntesArq/article/view/8832>

Illanes, M. A. (2003): «La revolución solidaria. Las Sociedades de Socorros Mutuos de Artesanos y Obreros: un proyecto popular democrático, 1840-1887», *Polis. Revista Latinoamericana*, (5). Disponible en web: <https://journals.openedition.org/polis/6954>

Lindon, A. (2007): La ciudad y la ida urbana a través de los imaginarios urbanos, *Eure*, 2007, 33(99), p. 7-16. Disponible en web: <https://goo.su/h7iLvm>

Lindon, A. (2020): «La construcción social de la ciudad: el sujeto cuero y el sujeto sentimiento», *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, (1), pp.6-21. Disponible en web: <https://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/45>

Martínez-Delgado, G. (2020): «Derribar los muros. De la historia urbana a los estudios urbanos con perspectiva histórica: propuestas teóricas y metodológicas desde un diálogo interdisciplinar», *Eure*, 46(137), pp. 5-26. Disponible en web: [https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0250-71612020000100005&script=sci\\_arttext&tlng=en](https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0250-71612020000100005&script=sci_arttext&tlng=en)

Martínez, G. (2021): «Hacer historia urbana en América Latina: generaciones, ideas de ciudad y procesos urbanos», en G. Martínez, G. Mejía, coord., *Después de la heroica fase de exploración. La historiografía urbana en América Latina*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.

Márquez, F., & Truffello, R. (2013): «Geografías de un territorio de frontera: La Chimba, Santiago de Chile. Siglo XVII-XXI», *Revista de Geografía Norte Grande*, (56), pp. 75-96. Disponible en

web: [https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-34022013000300005&script=sci\\_arttext&tlng=pt](https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-34022013000300005&script=sci_arttext&tlng=pt)

Mejía, G. (1999): La pregunta por la existencia de la historia urbana, *Historia crítica*, (18), pp. 23-35. Disponible en web: <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/hiscrit/article/view/3849>

Mejía, G. (2013): *La aventura urbana de América Latina*. Madrid, Mapfre.

Milos, P. (2007): *Historia y memoria: 2 de Abril de 1957*, Santiago, Lom Ediciones.

Núñez, O. (1963): *Diez años de lucha de los trabajadores chilenos*, Ediciones Central Única de Trabajadores.

Prudent, E. (2023): «La urbanización como dispositivo de reivindicación histórica por el derecho a la ciudad en Santiago de Chile (1930-1950)», *Revista História: Debates e Tendências*, 23(1), pp. 87-102. DOI: <https://orcid.org/0000-0002-2226-8978>

Quesada, F. (2011): *La modernización entre cafetales*. San José, Costa Rica, 1880-1930, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Quesada, F. (2024): *Ciudad y fotografía. Discursos visuales de poder en la ciudad de Guatemala, 1890-1930*, en M.C. Leroux, et.al., *Cultura (audio)visual y espacios públicos: (re)inventando la ciudad*, Pulim, pp. 63-78. DOI: <https://doi.org/10.25965/ebooks.697>

Romero, J. L. (2008): *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Argentina, Siglo XXI Editores.

Sábato, H. (2009): «El pueblo en la calle. Notas sobre una tradición política», en M. Braig, A. Huffschmid, eds., *Los poderes de lo público: debates, espacios y actores en América Latina*, Madrid, Iberoamericana, pp.147-158.

Salazar, G. (2003): *Ferías libres: Espacio residual de soberanía ciudadana*, Santiago, Sur.

Salazar, C. (2011): *La vida en las riberas. Crónica de las especies extintas del Barrio Mapocho*, Tomo II, Ediciones Urbatorium.

Salgado-Muñoz, A. (2019): «El Partido Comunista de Chile y la empresa periodística de El Siglo: Apuntes sobre sus orígenes y desarrollo», *Revista de Historia y Geografía*, (40), pp. 83-110. Disponible en web: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7345295>

Sigal, S. (2006): *La Plaza de Mayo. Una Crónica*, Argentina, Siglo XXI Editores.

Simunovic, P. S. (2018): «El fracaso de las políticas económicas en Chile: La Misión Kemmerer y la Misión Klein-Saks (1925-1958)», *Estudios Nueva Economía*, 5(1), pp. 41-54.

Thompson, E. P. (1995), *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.

Valdivia, V., & Pinto, J. (2023): *Populismo en Chile. De Ibáñez a Ibáñez*, Tomo I-III, Santiago, Lom.

Venegas, H., Prudent, E. (2021): «La actividad industrial en la configuración socioespacial del barrio Yungay, 1930-1950», *Revista Invi*, 36(101), pp. 256-282. Disponible en web: [https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-83582021000100256&s-crypt=sci\\_arttext](https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-83582021000100256&s-crypt=sci_arttext)

## Notas

**1** El paisaje urbano de esta zona cambió significativamente con la remodelación iniciada en 2010, como parte de las medidas de mitigación vinculadas a la construcción de la autopista Costanera Norte. Esta remodelación incluyó la construcción de un nuevo mercado y un edificio para la venta de flores en el terreno donde antes se encontraba la Plaza Artesanos (Ministerio de Obras Públicas, n.d.:3).